

VILLEGAS LOPEZ

blos y «Todo el oro del mundo». (Véase: «Viva la libertad!») «El último millonario» tiene a llevar, hasta el extremo, la sátira de aquella película, pero al momento es malo para tal intento. Hitler acaba de subir al poder y la Tobis francesa — para la que hasta entonces ha trabajado — no se decide a hacer el film, que acepta Pathe-Natan; el asunto Stavinsky está en su apogeo, como uno de los escándalos financieros mayores de Francia, con toda clase de complicados e implacables. El rey de Yugoslavia ha sido asesinado en Marsella, los noticieros cinematográficos tomaron el atentado con todos sus detalles, y se crea una situación difícil para Francia. La política interna ha cobrado la máxima tensión y las fuerzas, que van a desgarrarse, se lanzan ya una contra otras. Sátira, burla, disparatada, violenta, sangrante y certera, donde un millonario se convierte en dictador loco de un pequeño país de ruleta, Casinaria, solo por sus millones... y resulta que no los tiene, que está arruinado. El asunto, siempre agudo, es en aquel momento explosivo. La sesión de gala, con personalidades oficiales y el «todo París» de las grandes fiestas artísticas, fue un fenomenal escándalo. La única vez que René Clair ha sido tratado de tal modo. Por causas ideológicas más concretas, Jean Renoir recibirá un trato parecido con «La regla de los juegos»; indignado, promete no volver a trabajar en Francia y lo cumplirá durante muchos años. Clair se marcha también, pero más discretamente: acepta un contrato que le ofrece Alexander Korda, en Inglaterra. Sale de Francia en 1934. No sabe que no ha de hacer otra película en su país hasta 1946, doce años después. Es uno de los giros más importantes y decisivos en su vida, y en su obra.

En Inglaterra intenta varios argumentos, que no llega a realizar. No sabe inglés y la adaptación a aquel medio tan opuesto le resulta muy difícil. «El fantasma va al Oeste» es una de sus películas más grandes, bellas, bien hechas, con un imperecedero atractivo de inamarchitable frescura. Historia de un fantasma en un viejo castillo escocés, que su dueño tiene que vender, siglos después, porque está arruinado y su condición social no le permite la lamentable humillación de tener que trabajar. Lo compra un rico industrial norteamericano; se lo lleva, piedra por piedra, a Estados Unidos, y el fantasma tiene que irse con su castillo, obedeciendo a una vieja maldición paternal. Clair encuentra aquí la solución al problema de un protagonista cinematográfico fantasmal, haciendo que el dueño del castillo sea un hijo del millonario. Con todo ello, hace una filmísima, intrascendente sátira de lo inglés y

CLAIR

lo norteamericano, como modos de vida opuestos y a la vez complementarios. El cambio de acciones a situaciones de humor, su gran depuración, tiene aquí un primer gran logro y éxito.

Su siguiente film, «Falsas noticias», con la pareja de cantantes Chevalier y Buchanan, parte de un error bidual y fue un fracaso de todo orden. René Clair vuelve a Francia para comenzar «Aire puro»; sale de la guerra, la guerra le obliga a salir del país por España y Lisboa, donde Sherwood Anderson consigue hacerle llegar un pasaporte para Estados Unidos. Hollywood le recibe como a uno de los más grandes directores mundiales, con una fiesta que preside Frank Capra. Un gran director, solo debe hacer allí grandes películas. Se le dan toda clase de facilidades y medios, pero también las normas estrictas de la producción norteamericana. Sobre el argumento de Norman Krausa, firma «La llama de Nueva Orleans», que ha de marcar la reubicación triunfal de Marlene Dietrich. Es una excelente película, muy René Clair, pero de otro René Clair, que va hacia «El silencio es oro». Esta nueva modalidad desconcierta a todos — productores y público — que esperaban un René Clair clásico: la película es un fracaso. Según la norma americana del éxito de cada día, Clair se encuentra repentinamente desahogado y pasa dos años sin trabajar; escribe una novela larga y un relato casi biográfico. El Gobierno de Vichy le despoja de su nacionalidad francesa, y trata de incuutarse de su casa y bienes; su hermano y sus amigos logran parar el golpe. Su hermano muere de poliomielitis en Marruecos, en 1941. Malos tiempos de emigrado. Por una serie de circunstancias fortuitas, más que por sus méritos, le encargan la dirección de «Me casé con una bruja», con objeto de lanzar a la «cover-girl» Verónica Lake. Clair hace, esta vez, su película típica de magia y humor. La bruja, quemada hace siglos por un fanático juez, vuelve al mundo para vengarse del descendiente de aquel, pero se enamora de su perseguido y todo acaba en casamiento de cuento de hadas. Buen film, con bellos hallazgos, pero que no es de lo mejor de René Clair. Obtiene considerable éxito, que le revaloriza ante la industria cinematográfica. Y realiza su trabajo con una de las películas mejores de su carrera, donde se manifiesta más pura la temática fundamental de toda su obra — la relatividad y falsedad del tiempo —: «Sucedió mañana», película modesta de presentación, pero donde culmina una de las trayectorias de su obra. (Véase: «Sucedió mañana») Tiene escaso éxito, y entonces realiza «Eran diez indios», sobre una novela policiaca de Agatha Christie. Varias personas son citadas en una solitaria y aislada mansión; van siendo

VILLEGAS LOPEZ

Todo el drama va a resumirse en ese libro del destino moderno que es un diario: un gran titular hoy y mañana nada. El periódico es arrojado por un transeúnte al borde de la acera, recogido por el barrermeccanismo donde habitaban los hombres.

Todo en la trama policiaca está resuelto con métodos reales y vulgares, todo está verdadero, por personajes cogidos de los auténticos y que se mueven entre éstos. Fue realmente filmada en las calles de Nueva York, lo que representó en aquellos años y en el cine norteamericano un cambio revolucionario de procedimientos; incluso el plotamente desconcertado, porque se filmaron escenas en un solo día en el estudio. Así, la película tiene el imprescindible motivo policiaco básico, tan dilecto de cualquier norteamericano, pero es esencial, y, principalmente, la biografía de unos días de la gran ciudad. El gran personaje, su tema es Nueva York, con sus calles, su ambiente, sus gentes y, sobre todo, con su intensa, profunda, inevitable soledad de hombre humano.

Por aquellas mismas fechas, Clairout realiza en Francia «Quai des Orfèvres», donde Jouvelet hace el policía profesional, y casi oficioso, en el ambiente real del departamento de policía en ese muelle del Sena. «La ciudad desnuda» obtiene un gran éxito y el cine norteamericano adopta el sistema, que cambia el género. Incluso el mismo Huston lo incorpora en su magnífica «La jungla de asfalto», como otros van a ir creando una serie de películas con motivo policiaco para pintar la vida real del país. «La ciudad desnuda» es uno de los mejores films policiacos y una dirección importante para el cine norteamericano, hacia su verdadero espíritu nacional.

CLAIR, RENÉ

Director. Verdadero nombre: René Chomette. Nació el 11 de noviembre de 1898, en París, Francia. Su abuelo, paterno era un personaje extraordinario, pintor, escultor, diseñador, buen vividor, maestro albañil, que toma parte en la revolución de 1848 y en la guerra de 1870. Acaba por instalarse en París un puesto de jabón marseilles, en el barrio de los Mercados, Les Halles, corazón de la ciudad, cuyos habitantes se consideran los parisenses puros y castizos por su autonomía. El padre sabe convertir el pequeño y ocasional negocio en un sólido comercio de jabones, primero, y luego en

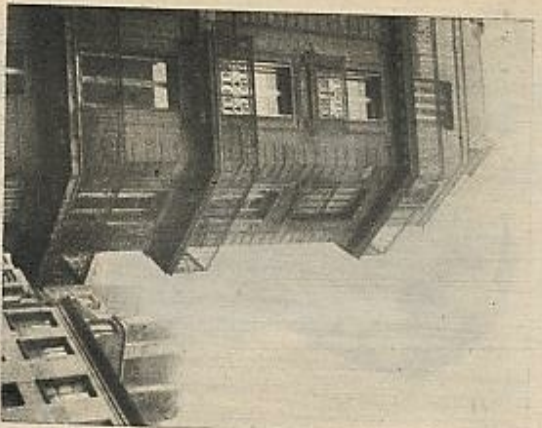


René Clair

una gran industria de material para hoteles, especialmente pajas y tubos para refrescos y licores. El comercio no está ahora allí, pero la tienda existe aún, con una portada verde, y bajo el rótulo de un español: «Pepe Alcañiz. Importador de frutas». En el piso tercero de esta alta casa, con balcones en chaffán hacia el gran mercado, nació René Clair, segundo hijo del matrimonio; el primero será Henri Chomette, también cinematografista. La familia se traslada en seguida al quinto piso, los niños juegan en el balcón y enfrente están los viejos, complicados y esbultados tejados de París, bajo un cielo nebuloso. Algo que Clair amará siempre y será un motivo en toda su obra.

Abajo, el barrio de los Mercados, con sus cargadores, vendedores, clientes, los productos comestibles de todas clases que se amontonaban en las calles hasta la altura de un segundo piso; sus preguntas, gritos, ruidos de carros y zuecos desde antes del amanecer... Clair guarda de este espectáculo un recuerdo fascinante. Y las tabernas, los «bistrops», los comedores populares y típicos — hoy de moda — las gentes de toda laya y ley — desde el «petit peuple» hasta apaches auténticos — que pululaban en este barrio, populoso desde siempre. Todo es mundo de lo popular va a ser el suyo y estar en su obra siempre, pero sobre todo desde «Bajo los techos de París». Su padre era emprendedor, inquieto, culto, que gustaba de la vida militar y los caballos; uno de esos hombres que cons-

VILLEGAS LOPEZ



Causa natal de Clair, en el barrio de los macedones

truyen y llevan adelante cada generacion de la burguesia francesa. Enseno a leer al niño en las obras completas de Alfred de Musset, Viejo libro que aún conserva con esmero. Clair guardara siempre viva admiracion por el poeta romántico y comenzará su carrera de artista como poeta; cuando en 1939 dirige una obra teatral con Gerard Philippe como protagonista, elegirá una de Musset. Y René Clair será siempre un poeta, bajo todas sus otras investiduras, por auténticas que sean.

Estudios en escuelas y liceos, donde domina los clásicos, otra de sus básicas formaciones. La guerra de 1914 se lleva de la casa al padre y al hermano mayor. Para el muchacho son días de holganza y vagabundaje por París. A los dieciocho años se alista voluntario como enfermero, pero el horror de la guerra en frío le tranquiliza el espíritu y el cuerpo; debe ser evacuado con una desviación de la columna vertebral, de la que siempre conservará huella. Sus amigos mueren en el frente y, al escribir la guerra, otros se suicidan. Este fetichismo por la amistad, que domina la obra de Clair, seguramente viene de este desastre juvenil. Y, sobre todo, el pesimismo. El negocio, ya considerable, permite a la

CLAIR

familia trasladarse a los Campos Eliseos. Pero a Clair no le atrae más que la literatura. Es periodista en diarios y revistas, quiere escribir para el teatro, novelas o poemas; hace críticas literarias, entre ellas, de las obras de Proust, que aparece por entonces; escribe canciones para Darnia, en el apogeo de su popularidad. Su hermano, Henri Chomette, le muestra el camino del cine, como un arte, y le hace cobrar afección al nuevo espectáculo. Clair descubre el cinema a través de los films brios de Mack Sennet, con sus locas persecuciones y, sobre todo, a través de Charlie, el gran personaje de la humanidad y la risa. Son Géneros entonces menores, desdenados, junto a los grandes dramas y brillantes comedias que dominaban el cine, sobre todo el italiano y el francés. Los intelectuales de vanguardia —dadaístas, surrealistas— tomaban el cine como explosivo destructor de las artes, más que como un arte en sí. Clair, entonces en plena rebelión, lo acepta así al comienzo, pero acaba por escribir críticas muy certeras, válidas hoy. En diciembre de 1920, Darnia le invita, casi le obliga, a trabajar en un film de la danzarina Lole Palzer, como galán. Lo acepta, atraído por las bailarinas, y porque es solo durante tres días «Entré por tres días —dice— y me quedé toda la vida.» Hace algunos films como actor. Luego como ayudante de Jacques de Baroncelli y, en 1923, el director Henri Diamant Berger, que comenzaba a producir. Le da la oportunidad de realizar su primer film. Clair hace un argumento burlesco y mágico: «El rayo invisible o Partidos duermes. Tiene toda libertad... y ningún dinero. Pero el film se termina, al cabo de meses e interrupciones. René Clair ha comenzado su carrera de director. Esta película, casi de aficionado, contiene, ya en embrión, insinuados, los elementos principales que han de constituir las grandes líneas de la obra del gran realizador. Momento de la vanguardia y los clásicos, pleno de imitadores y rebeldes. En 1924,



Los hijos de Clair, frente a su casa

VILLEGAS LOPEZ

ratura, están al frente los surrealistas, y en música el «Grupo de los Seis». En contacto con estas avanzadas, recibe su inspiración y aporta al cine una obra típica del momento, hecha para llenar un espacio de los «ballets» sucesos de Rudolf Murré, que interpretaban una obra de Frydrikh Pichnia y Eric Satie. Pichnia le da la idea, realmente fundamental, de prescindir de cualquier justificación realista y entregarse al absurdo puro. Es «Entr'actes», cortometraje dominante, disparatado, de un ritmo enloquecedor, que sigue siendo una pequeña obra maestra del género. Y señala otro gran punto esencial en la formación de Clair: la liberación total por el absurdo, base esencial de la risa. Es su primera película estrenada —porque la anterior no lo ha podido ser aún—. Y Clair entra en el mundo del cine por el escándalo artístico.

En realidad, su primer film, verdaderamente profesional, es «El fantasma del Moulin Rouge», en 1924. Farsa burlesca, sobre un espíritu que se divierte. Aquí están contenidos, a veces trazados, elementos que ha de desarrollar después en «El fantasma va al Oeste», sobre todo: «Falsas noticias». «Me casé con una bruja... Obtienes un éxito discreto, que le permite realizar «El viaje imaginario», tema onírico, en un mundo de hadas, figuras de cera, y pequeñas realidades de un modesto empuje. La gran liberación humana a cualquier precio está ya aquí como el tema central y valor fundamental de la obra de Clair. Es un fracaso de público. Clair pasa un año sin trabajo y acepta hacer «La gresca del viento», película de ambiente distinguido, con castillos y parques, gentes elegantes y misteriosas, muy al estilo del cine comercial francés. Entonces, los cambios un poco confusos y contradictorios que Clair ha seguido hasta aquí, confluyen de pronto, todo cobra un sentido y una definición repentina. Clair hace concurrir lo mágico y lo real, que hasta ahora ha mantenido separadamente, más bien dominando el primero. Descubre la magia de lo real y este hecho le permite realizar su primera gran obra maestra, una de las películas más bellas y graciosas que ha hecho el cine: «Un sombrero de paja de Italia», 1927. (Véase: Sombrero de paja de Italia, Un.) «Los dos tímidos» continúa esta línea, sobre otra obra de Labiche, pero la película no se logra más que en momentos excelentes. Vista hoy, aparece como un ensayo, tremendamente prematuro, de cambiar los matices de acción por juegos de situación. Solo lo va a iniciar en «El fantasma va al Oeste», y a conseguir plenamente en «El silencio es oro».

El cinema sonoro, con sus cambios revolucionarios, lleva a René Clair, como tantos otros, a empezar de nuevo. «Bajo los

CLAIR

techos de París», su primer film sonoro, va a ser su gran éxito, y su gran aportación a la creación del cine de Francia y del sonoro en el mundo. (Véase: Bajo los techos de París.) Y todas las aportaciones que esta película trae van a ser superadas, plenamente logradas, en la siguiente: «El millón», que es la película musical perfecta, que crea todo un género mundial, capaz de evolucionar hasta hoy. (Véase: Millón, El.) Ambos son el máximo exponente de su línea parisense y popular. Clair está en el apogeo de su vida y de su obra. Compra una casa en Saint Tropez, entonces silenciosa playa de descanso, donde aún pensó la mayor parte del año.



René Clair, con su padre, en su casa, durante la guerra de 1914

Ha conquistado la libertad de hacer su obra durante varios años y varios films. Prácticamente vive en los pequeños estudios de Eshnau; George Lacombe, de ayudante; el operador Percinal, uno de los mejores del mundo, y el máximo decorador, Lazare Meerson. Entonces inicia, como ya, su gran artista creador, un nuevo camino: «Viva la libertad!» (1931). La alta farra del humor ideológico, que ha de ir convirtiéndose a lo largo de su obra, con «El último millonario», «La belleza del día»